

tera viénesse al suelo como un resorte usado perteneciente á una mecánica antigua y sin uso ni aplicación posible en la nueva máquina. Esto es lo que no ha conocido ó lo ha olvidado un momento el célebre Fenimore Cooper, el autor del *Espta* y del *Bravo*; el rival vencedor á veces de Walter Scott, en su última y deplorable novela titulada: *The Monikins*, escribe para un país completamente libre, y donde todo se puede decir sin inconveniente, una alegoría en cuatro tomos rebozando como con miedo verdades triviales y olvidadas ya de todo el mundo, en decir las cuales sólo el riesgo de fastidiar corría. Mezquino imitador de una idea ya desahogada por otros felizmente, no ha conocido que Casti, que los autores de los viajes de Gulliver, de Wandon *al país de las monas* y otras alegorías semejantes, han sido escritores de circunstancias, y que esas circunstancias han pasado.

El escritor de costumbres necesita economizar mucho por tanto las verdades, y, como todo el que escribe en país libre de trabas para el pensamiento, formarse una censura suya y secreta que dé claro y oscuro á sus obras, y en que el buen gusto proscriba lo que la ley permita.

Pocos escritores han dado pruebas tan claras de conocer estas verdades como el autor que da motivo á estas líneas. No nos detendremos hablando de las razones que le hacen escribir; él mismo en su prólogo indica el objeto con que emprendió la publicación de esta serie de artículos que semanalmente comenzaron á ver la luz pública en las *Cartas Españolas* y en la *Revista* en el año 1832 y parte del 33. Objeto verdaderamente noble y digno de imitación. El deseo de rectificar los errores que acerca de nuestro país alimentan los extranjeros, y el plan de darnos después del Madrid físico, que en su excelente Manual había diseñado, un cuadro animado del Madrid moral, que no conocen todos los que hacen papel en él, no podía menos de ser de grande utilidad y deleitación. Uno de los medios esenciales para encaminar al hombre moral á su perfección progresiva consiste en enseñarle á que se vea tal cual es. El autor del *Panorama* ha puesto ante los ojos de nuestra sociedad un espejo donde puede tocarse, y hacer desaparecer los lunares que la bondad de la luna debe presentar á su vista.

Ayudándose de pequeñas tramas dramáticas, cortas invenciones verosímiles, ha sabido ofrecernos el resultado de su observación con singular tino y gracejo, y exponer á nuestra vista

el estado de nuestras costumbres; aquí no olvidaremos otra dificultad que se ofrecía: la España está hace algunos años en un momento de transición; influida ya por el ejemplo extranjero, que ha rechazado por largo tiempo, empieza á admitir en toda su organización social notables variaciones; pero ni ha dejado enteramente de ser la España de Moratín, ni es todavía la España inglesa y francesa que la fuerza de las cosas tiende á formar. El escritor de costumbres estaba, pues, en el caso de un pintor que tiene que retratar á un niño, cuyas facciones continúan variando después que el pincel ha dejado de seguirlas: desventaja grande para la duración de la obra, y en cuanto á los medios de hacerse dueño de su objeto tan movedizo, el Curioso Parlante se podrá comparar al cazador que ha de tirar al vuelo, cazador sin duda el más hábil.

Hálo conseguido sin embargo, porque si se quiere ver lo que de la España de nuestros padres conservamos, léanse los artículos titulados: *La calle de Toledo*, *La comedia casera*, *Las visitas de días*, *Los cómicos en cuaresma*, *Las ferias*, *La capa vieja*, *La casa á la antigua*, *La procesión del Corpus*. Si se quiere estudiar esta influencia extranjera, que se va diariamente haciendo lugar y variando nuestra fisonomía original, léanse los artículos titulados: *Las costumbres de Madrid*, *El día 30 del mes*, *Las tiendas*, *Riqueza y miseria*, *La político-mantía*, *Las tres tertulias*, *Las niñas del día*, *Las casas de baños*.

Si se quiere sorprender esa lucha entre las viejas costumbres nacionales y el espíritu innovador, sorpréndesela en los artículos titulados: *1802 y 1832*, el ingeniosísimo de *El aguinaldo*, *El extranjero en su patria*, *El sombrerito y la mantilla*, *La vuelta de París*.

Si se buscan luego artículos donde el enredo cómico puede competir con la trama de las más ingeniosas comedias de nuestro teatro antiguo, léanse los lindísimos y más lindamente escritos, titulados: *El retrato*, *El amante corto de vista*, *Tomar aires en un lugar*, *El barbero de Madrid*, *Pretender por alto*, *Los paletos en Madrid*, *El patio de Correos*, etc.

¿Quiérense, en fin, graves y filosóficos? Recórranse *La casa de Cervantes* y *El campo santo*.

El señor Mesonero ha estudiado y ha llegado á saber completamente su país: imitador felicísimo de Jouy, hasta en su medida, si menos erudito, más pensador y menos superficial, ha llevado á cabo, y continúa una obra de difícil ejecución.

Un mérito más tiene, que no queremos pasar en silencio: es uno de nuestros pocos prosistas modernos: culto, decoroso, elegante, florido á veces, y casi siempre fluido en su estilo; castizo y puro en su lenguaje, y muy á menudo picante y jovial. En general tiene cierta tinta pálida, hija acaso de la sobra de meditación, ó del temor de ofender, que hace su elogio, pero que priva á sus cuadros á veces de una animación también necesaria. Esta es la única tacha que podemos encontrarle; retrata más que pinta, defecto en verdad muy disculpable cuando se trata de retratar.

Y no sólo ha hecho el señor Mesonero un servicio á la literatura, ha hecho también algunos á su país. Muchas de las ideas por él emitidas han encontrado en la opinión pública tal apoyo y tal fuerza de asentimiento, que se han visto realizadas. En este caso se hallan el monumento y la leyenda dedicados á Cervantes no hace mucho en esta capital, y de que el autor del *Ingenioso Hidalgo* es evidentemente deudor al autor del *Manual* y del *Panorama*.

Escritores nosotros también de costumbres, ramo de literatura en que comenzamos á publicar nuestros humildes ensayos casi al mismo tiempo que el Curioso Parlante, si no preten-

demo haber alcanzado igual grado de perfección tenemos sí la persuasión de poder mejor que otros apreciar las dificultades del género, y nos reconocemos con suficiente amor á la justicia, para hacer en sus aras el sacrificio de nuestras propias pretensiones. Los laureles ajenos pueden estimularnos, no inspirarnos un sentimiento innoble capaz de oscurecer á nuestros ojos el mérito de los que recorren nuestra misma carrera. ¿Cómo pudiera ser de otra suerte? El amor al bien, y el deseo de contribuir en lo poco que podemos á la mayor ilustración de nuestro país, nos mueve más á escribir que la sed de una gloria que tan difícil sabemos es de conseguir. En este supuesto, no vemos nunca en una obra feliz la gloria que su autor puede adquirir; nos consideramos con él resortes de una misma máquina; el honor que sobre él recae refluye sobre la clase entera: ni son tantos en España los que presentan títulos á la consideración general que puedan estorbarse. Hagamos justicia al talento y démonos el parabién por haber tenido una ocasión más, entre las pocas que se nos presentan, de dar descanso á la péñola satírica, que por lo regular manejamos con más dolor nuestro que de aquellos mismos á quienes nos vemos en la triste precisión de lastimar.

ANTONY

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS, DE ALEJANDRO DUMAS

ARTÍCULO PRIMERO

Consideraciones acerca de la moderna escuela francesa.—Estado de la España.—Inoportunidad de estos dramas entre nosotros

Por hoy y hasta mañana seremos graves: la primera impresión de este drama, más importante de lo que á primera vista parece, no nos deja disposición alguna para la risa con que suele *Fíguro* anatematizar los dislates que se agolpan en nuestra escena; no renunciamos sin embargo á ese derecho; no hacemos sino suspenderlo. *Antony* merece ser combatido con todas las armas: ojalá no sean todas de poco efecto contra tan formidable enemigo.

Hace años que, secuaces mezquinos de la antigua rutina, mirábamos con horror en España toda innovación: encarrilados en los aristotélicos preceptos, apenas nos quedaba esperanza de restituir al genio su antigua é indispensable libertad: dióse empero en política el gran paso de atentar al pacto antiguo, y la literatura

no tardó en aceptar el nuevo impulso: nosotros, ansiosos de sacudir las cadenas políticas y literarias, nos pusimos prestamente á la cabeza de todo lo que se presentó marchando bajo la enseña del movimiento. Sin aceptar la ridícula responsabilidad de un mote de partido, sin declarararnos clásicos ni románticos, abrimos la puerta á las reformas, y por lo mismo que de nadie queremos ser parciales, ni mucho menos idólatras, nos decidimos á amparar el nuevo género con la esperanza de que la literatura, adquiriendo la independencia, sin la cual no puede existir completa, tomaría de cada escuela lo que cada escuela poseyese mejor, lo que más en armonía estuviese en todas con la naturaleza, tipo de donde únicamente puede partir lo bueno y lo bello.

Pero mil veces lo hemos dicho: hace mucho tiempo que la España no es una nación compacta, impulsada de un mismo movimiento: hay en ella tres pueblos distintos: 1.º una multitud indiferente á todo, embrutecida y muerta por mucho tiempo para la patria, porque no teniendo necesidades, carece de estímulos, porque acostumbrada á sucumbir siglos enteros á influencias superiores, no se mueve por sí, sino que en todo caso se deja mover. Esta es cero, cuando no es perjudicial, porque las únicas influencias capaces de animarla no están siempre en nuestro sentido; 2.º una clase media que se ilustra lentamente, que empieza á tener necesidades, que desde este momento comienza á conocer que ha estado y que está mal, y que quiere reformas, porque cambiando sólo puede ganar. Clase que ve la luz, que gusta ya de ella, pero que como un niño no calcula la distancia á que la ve: cree más cerca los objetos porque los desea: alarga la mano para cogerla; pero que ni sabe los medios de hacerse dueño de la luz, ni en qué consiste el fenómeno de luz, ni que la luz quema cogida á puñados; 3.º, y una clase, en fin, privilegiada, poco numerosa, criada ó deslumbrada en el extranjero, víctima ó hija de las emigraciones, que se cree ella sola en España, y que se asombra á cada paso de verse sola cien varas delante de las demás: hermoso caballo normando, que cree tirar de un tilburí, y que, encontrándose con un carromato pesado que arrastrar, se alza, rompe los tiros y parte solo.

Ahora bien, pretender gustar escribiendo á un público de tal manera compuesto, es empresa en que quisiéramos ver enredados por algunos años á esos fanales del saber extranjero, así como quisiéramos ver á los más célebres estadistas ensayar sus fuerzas en este escollo de reputaciones de todos géneros. Darnos una literatura hermana del antiguo régimen y fuera ya del círculo de la revolución social en que empezamos á interesarnos, es tiempo perdido, pues sólo podría satisfacer ya á la última clase, y esa no es la que se alimenta de literatura.

Darnos la literatura de una sociedad caduca que ha corrido los escalones todos de la civilización humana, que en cada estación ha ido dejando una creencia, una ilusión, un engaño feliz, de una sociedad que, perdida la fe antigua, necesita crearse una fe nueva; y darnos la literatura expresión de esa situación á nosotros, que no somos aún una sociedad siquiera

sino un campo de batalla donde se chocan los elementos opuestos que han de constituir una sociedad, es escribir para cien jóvenes ingleses y franceses que han llegado á figurarse que son españoles porque han nacido en España, no es escribir para el público.

La vida es un viaje: el que lo hace no sabe adónde va, pero cree ir á la felicidad. Otro que ha llegado antes y viene de vuelta, se aboca con el que está todavía caminando, y dicele: «¿Adónde vas? ¿por qué andas? Yo he llegado adonde se puede llegar; nos, han engañado; nos han dicho que este viaje tenía un término de descanso. ¿Sabes lo que hay al fin? nada.»

El hombre entonces que viajaba, ¿qué responderá? «Pues si no hay nada, no vale la pena de seguir andando.» Y sin embargo es fuerza andar, porque si la felicidad no está en ninguna parte, si al fin no hay nada, también es indudable que el mayor bienestar que para la humanidad se da está todo lo más allá posible. En tal caso, el que vino y dijo al que viajaba: «Al fin no hay nada,» ¿no merece su execración?

Rara lógica: ¡enseñarle á un hombre un cadáver para animarle á vivir!

He aquí lo que hacen con nosotros los que quieren darnos la literatura caducada de la Francia, la última literatura posible, la horrible realidad; y hácenos más daño aún, porque ellos al menos para llegar allá disfrutaron del camino y gozaron de la esperanza; déjenos al menos la diversión del viaje, y no nos desengañen antes: si al fin no hay nada, hay que buscarlo todo en el tránsito; si no hay un vergel al fin, gocemos siquiera de las rosas, malas ó buenas, que adornan la orilla.

¡Desorden sacrílego! ¡inversión de las leyes de la naturaleza! En política don Carlos fuerte en el tercio de España, y el Estatuto en lo demás: y en literatura, Alejandro Dumas, Víctor Hugo, Eugenio Sue y Balzac.

Con indignación lo decimos: sepamos primeramente adónde vamos; busquemos luego el camino, y vamos juntos, no cada uno por su lado: no quieran haber llegado los unos, cuando están los otros todavía en la posada; porque si hay algún obstáculo en el tránsito, unidos lo venceremos, al paso que en fracciones el obstáculo irá concluyendo con los que fueren llegando desbandados.

Lamennais lo ha dicho antes y mejor que nosotros:

«Una roca obstruye la vía pública que reco-

rremos: ningún hombre solo puede remover la roca; pero Dios ha calculado su peso de suerte que no pueda detener jamás á los que transitan juntos.»

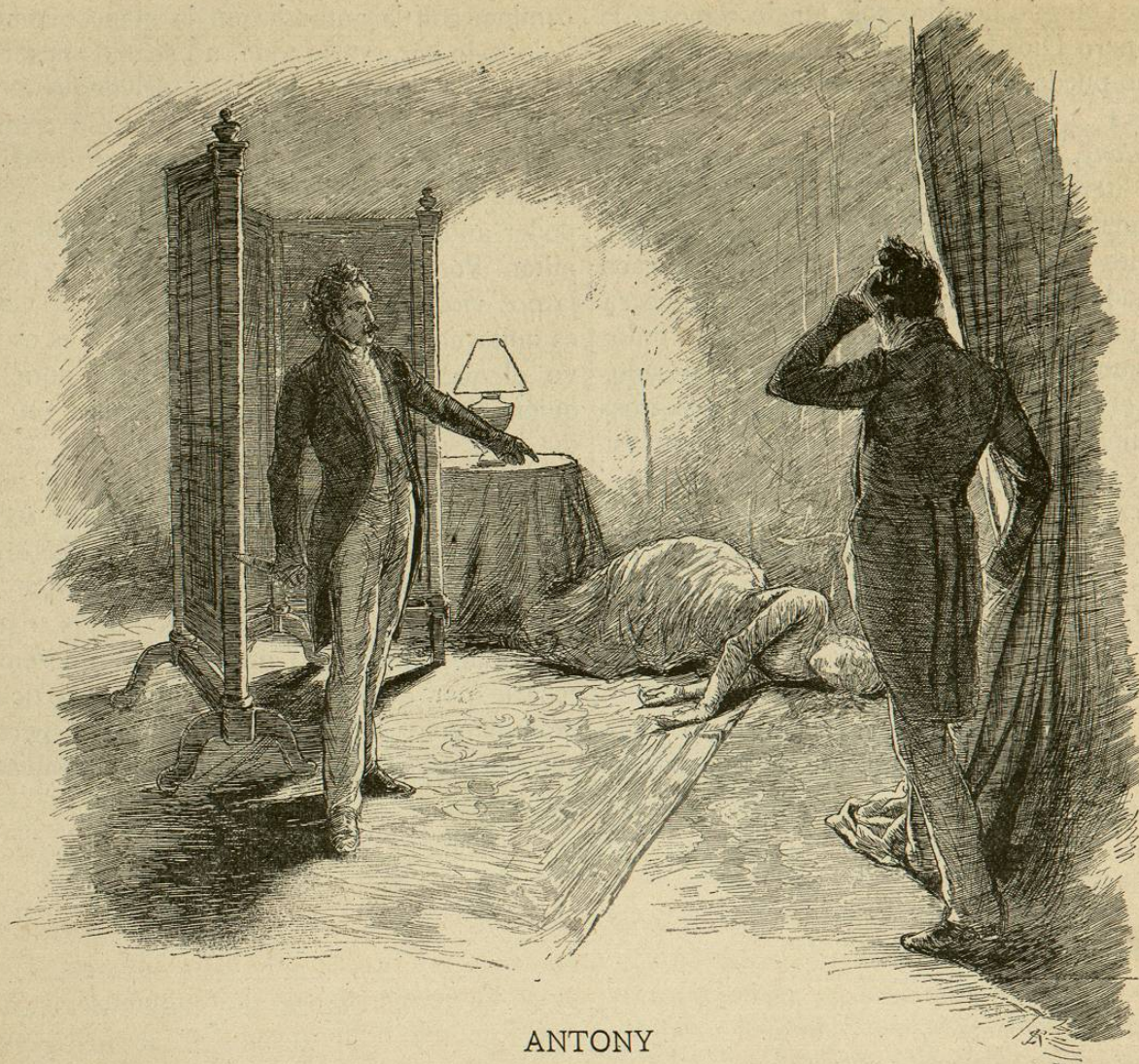
Antony, como la mayor parte de las obras de la literatura moderna francesa, es el grito que lanza la humanidad que nos lleva delante, grito de desesperación, al encontrar el caos y la nada al fin del viaje. La escuela francesa tiene un plan. Ella dice: «Destruyamos todo, y veamos lo que sale; ya sabemos lo pasado, hasta el presente es pasado ya para nosotros: lancémonos en el porvenir á ojos cerrados; si todo es viejo aquí, abajo todo, y reorganicémoslo.»

Pero ¿y nosotros hemos tenido pasado? ¿tenemos presente? ¿Qué nos importa el porvenir? ¿Qué nos importa mañana, si tratamos de existir hoy? Libertad en política sí, libertad en literatura, libertad por todas partes: si el destino de la humanidad es llegar á la nada por entre ríos de sangre, si está escrito que ha de

caminar con la antorcha en la mano quemándolo todo para verlo todo, no seamos nosotros los únicos privados del triste privilegio de la humanidad: libertad para recorrer ese camino que no conduce á ninguna parte; pero consista esa libertad en tener los pies destrabados y en poder andar cuanto nuestras fuerzas nos permitan. Porque asirnos de los cabellos, y arrojarnos violentamente en el término del viaje, es quitarnos también la libertad, y así es esclavo el que pasear no puede, como aquel á quien fuerzan á caminar cien leguas en un día.

Habíamos pensado dar desde luego un análisis del *Antony*, y entregarlo palpitante todavía á la risa y al escarnio de nuestros lectores; pero la disposición de nuestro ánimo, que no sabemos dominar, nos ha sugerido estas tristes reflexiones, que como preliminares queremos echarle por delante. En el siguiente artículo examinaremos la *desorganización social*, personificada en *Antony*, literaria y filosóficamente.





ANTONY

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS, DE ALEJANDRO DUMAS

ARTÍCULO SEGUNDO

En nuestro primer artículo hemos probado que no siendo la literatura sino la expresión de la sociedad, no puede ser toda literatura igualmente admisible en todo país indistintamente; reconocido ese principio, la francesa, que no es intérprete de nuestras creencias ni de nuestras costumbres, sólo nos puede ser perjudicial, dado caso que con violencia incomprensible nos haya de ser impuesta por una fracción poco nacional y menos pensadora. Pasemos á examinar á *Antony*, ser moral, falsa alegoría que no ha tenido nunca existencia sino en una imaginación exasperada, cuanto fogosa y entusiasta.

El autor empieza por presentarnos una mujer joven y casada. En la literatura antigua era principio admitido que todo padre era un tirano de su hija, que ésta y aquél nunca tenían en punto á amores el mismo gusto. De aquí pasaba el poeta á pintar la tiranía de la fami-

lia, imagen y origen de la del gobierno: cada hijo puesto en escena desde Menandro acá, en las comedias clásicas, es una viva alusión al pueblo. En la literatura moderna ya no se dan padres ni hijos: apenas hay en la sociedad de ahora opresor y oprimido. Hay iguales que se incomodan mutuamente debiendo amarse. Por consiguiente, la cuestión en el teatro moderno gira entre iguales, entre matrimonios: es principio irrecusable, según parece, que una mujer casada debe estar mal casada, y que no se da mujer que quiera á su marido. El marido es en el día el coco, el objeto espantoso, el monstruo opresor á quien hay que engañar, como lo era antes el padre. Los amigos, los criados, todos están de parte de la triste esposa. ¡Infelice! ¿Hay suerte más desgraciada que la de una mujer casada? ¡Vea usted, estar casada! ¡es como estar emigrada, ó cesante, ó tener lepra! La mujer casada en la literatura moderna

es la víctima inocente aunque se case á gusto. El marido es un tirano. Claro está: se ha casado con ella, ¡habrá bribón! ¡La mantiene, la identifica con su suerte! ¡pícaro! ¡Luego el marido pretende que su mujer sea fiel! Es preciso tener muy malas entrañas para eso. El poeta se pone de parte de la mujer, porque el poeta tiene la alta misión de reformar la sociedad. La institución del matrimonio es absurda según la literatura moderna, porque el corazón, dice ella, no puede amar siempre, y no debe ligarse con juramentos eternos: la perfección á que camina el género humano consiste en que una vez llegado el hombre á la edad de multiplicarse, se una á la mujer que más le guste, dé nuevos individuos á la sociedad; y separado después de su pasajera consorte, uno y otra dejen los frutos de su amor en medio del arroyo, y procedan á formar, según las leyes de más reciente capricho, nuevos seres, que tornar á dejar en la calle, abandonados á sus propias fuerzas, y de los cuales cuida la sociedad misma, es decir, nadie. Porque si la literatura moderna no quiere cuidar de sus hijos, ¿por dónde pretende que quieran tomarse ese cuidado los demás? ¡*He aquí*, dicen, *la naturaleza!* Mentira. En el aire, en la tierra, en el agua, todo ser viviente necesita padres hasta su completa emancipación; y los animales todos se reúnen en matrimonios hasta la crianza de sus hijos.

Adela, sin embargo, individuo del nuevo orden de cosas, no puede amar á su marido; confianza que hace desde luego á su hermana, en cuya compañía vive. ¿Por qué? No sabemos. Pero motivos tendrá; asuntos son esos de familia en que nadie debe meterse.

Pero no se da corazón que no ame, y en el día con violencia inaudita; las pasiones se han avivado con el trascurso de los tiempos, y en el siglo de las luces una pasión amorosa es siempre un volcán, que se consume á sí propio abrasando á los demás.

¿Y quién es el hombre que hubiera hecho la felicidad de Adela, se entiende, no casándose con ella? Antony: ¿quién podía ser sino Antony? ¿Y quién es Antony? Antony es un ejemplo de lo que debían ser todos los hombres. Es el ser más perfecto que puede darse. Empiece usted por considerar que Antony no tiene padre ni madre. ¡Facilillo es llegar á ese grado de perfección! Hijo de sus obras, vulgo incluso, es la personificación del hombre de la sociedad, como la hemos de arreglar algún día.

Los que hemos tenido la desgracia de conocer padre y madre no servimos ya para el paso; somos elementos viejos, de quienes nada se puede esperar para el porvenir. El que quiera, pues, corresponder á la era nueva vea cómo se componen para no nacer de nadie. Lo demás es anularse, es en grande para la sociedad lo que es en pequeño entre nosotros haber admitido empleo de Calomarde.

Antony ha recibido, sin embargo, de los padres, que no tiene, una figura privilegiada; ha entrado en el mundo con gran talento, porque todo hombre en la nueva escuela nace hombre grande. Ha recibido una educación esmerada: ¿quién se la ha dado? El autor del drama, sin duda. Todo lo ha estudiado, todo lo ha aprendido, todo lo sabe, y ama mucho, como hombre que sabe mucho; pero este ser, tipo de perfecciones, está en lucha con la sociedad vieja que encuentra establecida á su advenimiento al mundo. Quiere ser abogado, quiere ser médico, quiere ser militar, y no puede. ¿Por qué? preguntarán ustedes. ¿Quién se lo impide? Las preocupaciones de esta sociedad injusta y opresora que halla establecida, sin que se haya contactado con él: para que estuviese el mundo bien organizado era preciso que nada antes de Antony se hubiese arreglado de ninguna manera, y que el mundo hubiese esperado para organizarse á que las generaciones futuras viniesen á dar su voto sobre el modo más justo de disponer de los bienes de la sociedad. Antony encuentra todos los puestos ocupados por hombres que han tenido padres, y, según el autor, está todo tan mal arreglado, que un incluso no puede ser nada. Mentira, pero mentira de mala fe. Desde que hay mundo, en toda sociedad, el camino del predominio ha estado siempre abierto al talento: en la antigüedad, de la plebe han salido hombres á mandar á los demás; en los tiempos feudales, en los del despotismo más injusto, un soldado oscuro, un intrigante plebeyo han salido, siempre que han sabido, de la turba popular para empuñar el cetro del mando. Han alcanzado la corona con el sable y títulos de nobleza con la inteligencia. En los siglos de más desigualdad, un porquero ha cogido las llaves de San Pedro, y ha dominado á la sociedad. La teocracia, aristocracia la más injusta, ha sacado siempre sus prohombres del lodo. ¿Quién eran, al nacer, Richelieu, Mazarino, el cardenal Cisneros? Y si la cuna ha bastado á familias enteras de reyes, el talento ha sobrepuesto á la cuna millares de